

solo el lienzo que cubre la mesa (o el altar); también el *TLL* aclara las cosas: se trata de una «clámide fabricada con la hechura de un manto»...

Las abundantes notas, suficientemente escuetas, están bien documentadas. He detectado alguna incongruencia: las fechas se traducen según el sistema romano, difícil de identificar para el profano, pero solo de forma esporádica hay una nota con el actual (cf. p. 117, n. 12). También en ocasiones se las echa de menos, por ejemplo, a propósito del citado Aur. 7,7, donde vendría bien resaltar que Lucila era hermana de Vero precisamente por adopción. En fin, alguna no se relaciona con el texto: a propósito de trig. tyr. 18,2 *apud Dafnidem*, un lugar geográfico, probablemente la isla de Dafne, cercana a Antioquía, leemos, sin duda por accidente, que «el personaje parece claramente ficticio».

Descuidos que no ensombrecen un texto de provechosa, y entretenida, lectura.

* * *

**José Martínez Gázquez & Fernando González Muñoz (eds.),
Alchoran siue lex Saracenorum. Edición crítica y estudio,
Madrid, CSIC, 2022, 580 pp., ISBN 978-84-00-11041-3**

JOSÉ MANUEL RUIZ VILA

joseruo7@ucm.es

DOI: 10.48232/eclas.163.14

A pesar del carácter de intraducibilidad que los musulmanes confieren a su texto sagrado, el Corán, la Edad Media fue testigo de su traducción completa al latín en tres ocasiones (además de otras versiones parciales) y todas ellas producidas en la Península: la primera de Roberto de Ketton, un monje de origen inglés, en 1142/1143, la de Marcos de Toledo en 1210 y la de Juan de Segovia en 1456. Ahora bien, parece una obviedad, pero el impulso que movía a los traductores no era la difusión de esta doctrina, sino su mejor conocimiento para lograr una refutación teológica basada en argumentos bien documentados. El libro que ahora reseñamos es, precisamente, la edición crítica de esa primera versión latina que Roberto de Ketton realizó a instancias de Pedro el Venerable, abad de Cluny.

El volumen, de exquisita factura editorial, consta de un «Estudio introductorio» de más de doscientas páginas, la edición crítica, un breve apéndice y unos completos índices. Tras una breve presentación, «Preliminar»

(pp. 11–14), la introducción comienza con el apartado «El conocimiento del Corán en la Europa occidental (700–1143)» (pp. 15–22) donde se hace un rápido repaso a la literatura cristiana relativa a la religión islámica anterior a la traducción del monje inglés, en la que se busca en su mayor parte la defensa del cristianismo así como el enfrentamiento y la polémica teológica. A continuación, el segundo capítulo, «El *Corpus Islamolatinum*: historia, autores y obras» (pp. 23–32), se divide, a su vez, en tres secciones, «El viaje a Hispania de Pedro el Venerable», «El *Corpus Islamolatinum*: autores y obras» y «Fases de elaboración del *Corpus*» en las que descubrimos los pormenores de una traducción latina hecha en Hispania por un monje inglés pagado por otro francés. Resulta que Pedro el Venerable, abad de Cluny, estaba de viaje por nuestras tierras para, entre otras cosas, ganarse el apoyo de Alfonso VII, rey de León, y que este permitiera la expansión de la orden por su territorio. Y fue precisamente durante este viaje cuando el abad pergeñó la idea de recoger una serie de documentos en latín sobre la religión árabe, para lo cual reunió a «un equipo de traductores integrado por Roberto de Ketton, Hermann de Carinthia, Pedro de Toledo y un musulmán» (p. 25). A cada uno le correspondieron diferentes documentos hasta completar el *Corpus*, pero al primero de ellos se le encargó la traducción de la obra más importante, el Corán. Poco se sabe de la gestación del proyecto hasta que vio su forma definitiva según el manuscrito más antiguo que lo conserva, París BnF Arsenal 1162, en el que se incluyen todas las traducciones realizadas, unas obras redactadas por el propio Pedro el Venerable más las glosas que se añadieron con posterioridad a la traducción del Corán.

El tercer apartado de la introducción, «El Alchoran de Roberto de Ketton» (pp. 33–60) se dedica a la investigación puramente filológica como la búsqueda del modelo árabe sobre el que trabajó o los criterios traductológicos seguidos y las características de la versión latina: «integral», «autónoma», «interpretativa», «formalmente adaptada» y, quizás, «ideológicamente sesgada» y «elaborada a partir de una mediación oral en lengua romance». Asimismo, se tratan otros aspectos paratextuales como la revisión y presentación del texto, las glosas del manuscrito de París y los dos prefacios que elaboró el propio traductor y que se incluyen en la edición crítica. En cuarto lugar, en el capítulo «La tradición manuscrita» (pp. 61–142), los editores describen pormenorizadamente los 25 manuscritos conservados y establecen tres *stemmata*, uno para la familia α , otro para la β y un tercero en el que aglutinan ambos. Ofrecen, además, algunos detalles sobre manuscritos perdidos. En «Las ediciones

de Theodor Bibliander» (pp. 143–152) nos explican todos los detalles de la *editio princeps* de la traducción de Roberto de Ketton publicada en 1543 (y luego en 1550), que incluía también, en el primer tomo, el resto de documentos que forman lo que se conoce como *Corpus Islamlatinum*; en el segundo una serie de *Confutationes legis Machumeticae* y en el tercero, misceláneo, una serie de documentos relativos a la historia, origen y costumbres de los musulmanes. También se incluyen en este apartado otras informaciones sobre el proceso editorial y sobre un manuscrito que parece haber sido la base de la *editio* o, al menos, haber sido utilizado por los tipógrafos. El estudio crítico de la influencia posterior de la traducción lo encontramos en «La recepción del Alchoran (1150–1550)» (pp. 153–174) donde se estudia «el periodo de cuatro siglos que media entre su recepción y la primera edición impresa» (p. 153) haciendo un repaso por las obras posteriores que lo citan, los extractos y antologías de la traducción que circularon por Europa, las glosas o comentarios marginales que se fueron añadiendo a los manuscritos de los siglos xv y xvi, el curioso caso de una *tabula*, presente solo en uno de los manuscritos, que consiste en una «amplia colección de sentencias que condensan y abstraen el contenido» (p. 166), el *Compendium Alchorani*, presente en cinco manuscritos, que no es más que la misma *tabula* pero «en forma de discurso continuo» (p. 167), el *Epitome Alcorani* de Johann Albert Widmanstetter y la primera traducción del Corán a una lengua moderna, la italiana de G. B. Castrodardo de 1547, que no fue directa del árabe, a pesar de lo que indicaba su título, sino del latín a través de la edición de Bibliander y, posiblemente también, de algún manuscrito latino.

El resto del grueso volumen lo constituye la completa bibliografía y la propia edición crítica del texto latino, para la que los editores han utilizado como base el manuscrito A (=París BnF, Arsenal 1162), aunque han colacionado todos los demás, como demuestra el establecimiento de los tres *stemmata* mencionados, excluyendo solamente los manuscritos derivados de las ediciones impresas. Resulta llamativo, sin embargo, que a pesar de tratarse de una edición crítica, hayan decidido respetar la ortografía del manuscrito A así como la numeración de las azoras «a sabiendas de que no se corresponde con la estructuración árabe y, tal vez, tampoco con la división propuesta por el propio Roberto de Ketton» (p. 176), decisión esta que se correspondería más con una edición diplomática que con una crítica. No obstante, la edición crítica es excelente. Consta de dos aparatos, uno con las glosas marginales y otro con las variantes textuales, ambos completísimos. Tras la edición, un breve apéndice con el segundo

prólogo de Roberto de Ketton, los índices y un resumen en inglés. El texto latino no se acompaña de traducción, de hecho, él mismo es ya una traducción, pero visto que «la traducción de Ketton no reproduce con exactitud el léxico y la sintaxis del texto árabe, sino que reformula la redacción original» (p. 43), parece que el campo de estudio en este aspecto queda totalmente abierto. En definitiva, un trabajo excelente que abre nuevas vías de investigación sobre la recepción y aceptación de la cultura musulmana en España.

* * *

Valverde Sánchez, M. (ed.), & García López, J. (trad.), *Homero. Odisea. Vol. I. Cantos I–IV*, Madrid, CSIC (*Alma Mater*, Colección de autores griegos y latinos), 2022. CCXXIX + 153 pp. (1–116 x2), ISBN: 978-84-00110-23-9

JOSÉ B. TORRES GUERRA

jtorres@unav.es

DOI: 10.48232/eclas.163.15

Después de que en 2013 apareciera el cuarto volumen de la *Iliada* de Alma Mater, esta colección publica ahora el primer tomo de una nueva edición crítica, bilingüe y anotada de la *Odisea* homérica. El trabajo editorial y la introducción corren a cargo del profesor Valverde, mientras que de la traducción y las notas se responsabiliza don José García López, ambos de la Universidad de Murcia. A este último, que no llegó a ver impreso el libro, dedica Valverde el conjunto de la obra.

El volumen se abre con una extensa Introducción (pp. xv–cxcv) de la que es autor, hasta CLXXXII, Valverde. En estas páginas (xv–xlvi), antes de presentar la *Odisea*, se exponen las distintas formulaciones de la cuestión homérica; tras sintetizar en XLV–XLVI su juicio personal sobre el asunto (las dos epopeyas son creación de un único autor, heredero de la tradición oral, que las compuso con ayuda de la escritura en dos fases distintas de su vida), Valverde se centra en el poema más reciente. Habla del tema de la *Odisea*, su argumento y composición. Viene a continuación una amplia sección (pp. LXV–xcvii) sobre la estructura de la epopeya y las novedades de su técnica narrativa, analizadas desde una perspectiva narratológica en sentido amplio; cierra este apartado (pp. xcvi–xcvii) una